

mente, y luego con firmeza, lo que exasperó al duque, que entonces solicitó el concurso de la señora de Feriol. Esta, poco escrupulosa, persiguió á la joven; pero nada consiguió, lo cual en aquel tiempo era un fenómeno extraordinario.

— No — replicaba constantemente Aissé, — no podría amar á un hombre á quien no estimo; por otra parte, el príncipe es demasiado superior á mí, y como yo no quería un amante fuera de su centro, pues el príncipe tendría que descender, y, sobre todo, como ya he dicho, no le amo, no me hablen más de él,

Con todo eso, hablaron del regente á Aissé, y la irritaron hasta tal extremo, que escribió una carta, por cierto notabilísima, al regente, solicitando su protección contra él mismo, y añadiendo que, de no concedérsela, como únicamente Dios era poderoso á defenderla, se encerraría en un convento.

El duque de Orleans comprendió la imposibilidad, y no insistió; para él fué un dolor y una humillación su descalabro.

En esto murió el embajador, que además de haber, largo tiempo hacía, asegurado una renta de cuatro mil libras á Aissé, en premio á sus cuidados, le dejó un documento por el cual sus herederos tenían que pagar á aquélla una importante cantidad de dinero. La señora de Feriol tomó muy á mal el legado, y así lo manifestó en presencia de Aissé, la cual, sin decir palabra, se levantó con gran dignidad y arrojó el documento al fuego. Nunca jamás volvió á hablarse de ello.

Aissé se encontró, pues, á discreción de los Feriol, que la querían, los jóvenes, sobre todo, y no se preocupó con nada. Verdad es que á la sazón tenía otra cosa en qué pensar.

XXXVI

Un día en que la señora de Parabere y yo nos encontrábamos en casa de la duquesa de Berry, y aguardábamos á ésta en uno de sus gabinetes, se abrió la puerta y entró el conde de Riom, seguido de un jovencito muy chiquitín y muy guapo, de ojos admirables, piel blanca y mate como la de una doncella, y cuerpo el más elegante que se puede imaginar.

— El caballero de Aydie, noble del Perigord, y primo mío — nos dijo el de Riom presentándonos el joven, el cual, riéndose, agregó:

— Clérigo tonsurado de la diócesis de Perigueux y caballero no profeso de la orden de San Juan de Jerusalén.

Aquel joven, aunque recién llegado de provincias, nos cautivó con su donaire, como así no pudo menos de manifestárselo la señora de Parabere al conde.

— ¡Ah! — contestó Riom, — está en buenas manos: su tío el marqués de Sainte-Aulaire es quien lo forma; le ha enseñado él en ocho días más que yo en seis meses. La señora duquesa del Maine tiene imponderable acierto en escoger a sus amigos.

El señor de Sainte-Aulaire era efectivamente un anciano amabilísimo, grande amigo de la señora del Maine, que lo admitía en cuantas fiestas daba en Sceaux y en sus tertulias más íntimas. Para ella improvisó el tal marqués los siguientes *jamosos* versos, que le abrieron las puertas de la Academia:

No sería, no, mi musa
la diosa que se recrea
en pedirme mi secreto,
de ser yo Apolo, lo fuera
Tetis, y entonces quedara
envuelto aquél en tinieblas.

Por demás liviano era el hatillo; pero la Academia estaba de buen humor, y dióse por satisfecha. ¡Ay! ¡cuando recuerdo lo que nos costó hacer entrar en ella á Diderot!

El caballero de Aydie se llegó á nosotras como cortesano cumplido, y dió exactamente con las palabras que había que decir á mi compañera, lo cual no era fácil. Le habló de sus hechizos como hombre inteligente en la materia, y de su posición como quien no se acuerda de ella sino cuando le place. La marquesa miró al joven como una conquista fácil é indispensable; lo trató superficialmente á causa de los testigos, pero su mirada era grave. Esto lo eché yo de ver al instante, y él también.

En esto llegó la princesa, y así como desde su primera sonrisa comprendí que el recién venido le había caído en gracia, la manera como acogió á la señora de Parabere me descubrió una rivalidad incipiente. Ambas se hicieron mil amenazas en una reverencia y en un movimiento de cabeza. Riom era demasiado perspicaz para no advertirlo todo; pero conocía lo bastante á su joven primo para entregarlo como un juguete á la caprichosa princesa, sin que le inspirase el más mínimo recelo; sabía que en nada se perjudicaría su poder. En cuanto al amor, el conde únicamente lo sentía, como es sabido, por la señora de Mouchy, y como ésta era celosa á su modo, aquél, para contentarla, pasaba á la duquesa de Berry sus caprichos, mostrándose así desinteresado á sus ojos, lo cual bastaba á entrambos.

Teníamos que cenar en el Luxemburgo; pero la princesa, sospechando lo que podía arriesgar en tal cena, nos dió contraorden, so pretexto de que estaba fatigada y la rendía el sueño.

— Es lo mejor, señora — contestó la marquesa de Parabere, que no se desconcertaba nunca. Vuestra

Alteza descansará; pero yo, que estoy bien y tengo hambre, la señora del Deffand, que indudablemente le pasa lo que á mí, y esos caballeros, á quienes les sucede otro tanto, nos iremos á cenar á mi casa. El señor regente no me espera esta noche; ya le hacen compañía sus bachilleras; además, no tengo ganas de acostarme á esta hora, sin más razón que porque habito junto á palacio.

— ¡Cómo! — exclamó la señora de Berry, esforzándose en reirse, — ¿cenar en casa de V. con la señora del Deffand y los señores de Riom y de Aydie?

— ¿Por qué no, señora, no cenando, como no cenamos, en el Luxemburgo?

— Vea V. lo que hace — profirió la duquesa. — ¡Si mi padre lo supiese!

— Lo sabrá mañana por la mañana, al despertar; no oculto nada al señor duque de Orleans, señora. ¿Para qué? También lo sabría Su Alteza, pero lo sabría tergiversado; por eso, prefiero decírselo yo misma.

— Realmente es más cómodo y sagaz.

— Es más leal, señora.

— ¡Qué palabras más escogidas emplea V., marquesa! ¿De dónde las toma V.? Tengo para mí que muda V. de diccionario.

— Señora, hablo siempre la lengua de los que me escuchan.

— Por más que haga V., el idioma que V. habla mejor es el *inglés* de las cenas del Palacio Real.

— Sobre todo cuando Vuestra Alteza me da la réplica.

— ¡Ah! marquesa, no me atrevería á parangonarme con V., porque V. es maestra de todas nosotras; ante V. hemos de inclinarnos.

— ¡Maestra de Vuestra Alteza! Vuestra Alteza Real es excesivamente modesta; en todo me lleva mucha ventaja.

— No puedo aceptar este cumplido.

— No soy únicamente yo quien tal dice. Pregúnteselo Vuestra Alteza á cualquiera, y verá que en este punto todos están contestes en reconocer los méritos que á Vuestra Alteza adornan.

— Soy demasiado joven para poseer tan relevantes cualidades.

— Para las almas privilegiadas, los años nada significan.

La discusión iba acalorándose. La señora de Berry, con ser altiva y orgullosa, no era mujer para interponer su jerarquía é invocar sus privilegios; manteníase en un terreno de broma llana, que la marquesa aceptaba como diestra comadre. El señor de Riom guardaba silencio; yo escuchaba; Aydié miraba alternativamente á la señora de Berry y á la de Parabere, y conservaba la actitud más natural y más modesta, como si no hubiese sido él el premio de la contienda. Un indiferente nada habría sospechado.

— ¿Conque la cena se celebra en el palacio de Parabere? — profirió la duquesa de Berry.

— Así lo espero — contestó la marquesa.

— ¿Y si yo me diese por convidada á ella?

— Vuestra Alteza sería recibida con la mayor satisfacción.

— ¿De veras?

— De veras. Vuestra Alteza no tiene más que probarlo.

— Ardo en deseos de hacerlo.

— ¿No obstante estar fatigada?

— Haría un esfuerzo. Por otra parte, una cena improvisada no puede perjudicarme, á menos que tenga V. su *compromiso* como el rey.

— Pudiera muy bien ser.

— Además — dijo Riom — la marquesa es una

hada, y con un golpe de su varita hará surgir cuanto fuere necesario.

— ¿Qué le parece á V. si fuésemos á verlo, señor conde?

— Temo por la salud de Vuestra Alteza. Salir de noche, velar hasta hora tan avanzada...

— ¡Bah! que llamen á la señora de Mouchy... ¡Calla! ¿Si llevasen á casa de la marquesa la cena del Luxemburgo?

— Buena idea — exclamó Riom; — sin embargo, sería mejor que nos la comiésemos aquí, y así evitaríamos que se enfriase por las calles.

La proposición del conde fué acogida con vivas muestras de aprobación por todos. Desde el momento en que nadie cedía, en que se trasladaba el campo de batalla á otro sitio, ¿para qué molestarse?

Cenamos, y mientras duró le cena, no cesó el tiroteo de frases entre las rivales, el fuego cruzado de miradas y provocaciones al afortunado hidalgo, mientras el conde de Riom, la señora de Mouchy y yo conversábamos con todo sosiego. La cena duró hasta las cinco de la madrugada, y el instante de la salida tenía que ser el más curioso. La señora de Parabere parecía llevar la ventaja, pues se iba. La princesa redoblaba sus donaires, y pronto supe por qué.

— Señor de Riom — dijo la de Berry, — gracias por haber V. ejecutado mis órdenes.

Esta fórmula me admiró, pues no encajaba en el modo de ser de la princesa.

— Es mi deber, señora — contestó el conde. — Por otra parte, Vuestra Alteza Real me colma de favores al mostrarse tan atenta para con mi primo. Esta deliciosa habitación despierta la envidia de todos, y Aydié estará en ella como el afortunado príncipe de los cuentos de hadas.

¡Aydié alojado en el Luxemburgo! Era una juga-

rreta que no admitía defensa, y no había sino someterse. La marquesa así lo hizo, sin mostrar la más leve contrariedad; pero esperaba desquitarse, y se desquitó. Ocho días después, Aydíe salió del Luxemburgo so pretexto de que tenía que atender á ciertos asuntos personales en París y entregarse á ocupaciones incompatibles con la habitación en palacio. Cierto es que á él concurría con frecuencia, pero sólo iba al Luxemburgo, y nadie podía quejarse de él. Nada más exigía la señora de Parabere.

XXXVII

El hidalgo compartía así aquellos dos amores, sin contar las distracciones. Materialmente se lo arrancaban unas á otras. Pasaba por el hombre más en auge de París, y, en verdad, lo merecía sin distinguos. Era el mozo más guapo, el mejor, el más amable, el más bondadoso, el más simpático; nada le faltaba. Venía con frecuencia á mi casa, y yo lo recibía gustosísima. ¡Singular papel para una mujer de mi edad, ser confidente de aquel mozo! Y yo no quería que tuviese otro, ni él me indicó nunca que desease tenerlo.

Aydíe no había visto aún á Aissé, que, á causa de tener que cuidar asiduamente del señor de Feriol, que había regresado con la salud quebrantada, sólo venía á verme á hurtadillas, por un instante, y á horas en que yo no recibía á nadie.

Cierto día, Aissé obtuvo permiso y vino á mi casa á primera hora de la mañana, prometiéndome quedarse hasta la noche; y nos disponíamos á salir para efectuar algunas compras, cuando me anunciaron al ca-

ballero Aydíe, el cual estaba hecho un pino de oro: primorosamente vestido, bien dispuesto, elegante, empolvado, hermoso como un sol, sus ojos, que únicamente tenían por rivales los de Aissé y quizá los míos — ahora puedo decirlo, — despedían en aquel momento un brillo insoportable. Mi joven amiga quedó deslumbrada, y bajó sus largas pestañas ante aquel relumbrante mozo.

Aydíe se detuvo tan sorprendido al ver á Aissé, como Aissé al verlo á él: ambos experimentaron una como descarga eléctrica. En mi vida había presenciado yo una turbación semejante, y divertíame en no presentarlos uno á otro, á fin de turbarlos más. Su asombro me hacía gozar.

— ¿Quiere V. acompañarnos? — pregunté al mozo.
— De mil amores — contestó éste.

Bastante cruel para no rendirme al ademán de súplica de Aydíe, ansioso de saber con quién estaba hablando, de conocer el nombre de aquella sífide, de aquella diosa de la juventud, me callé.

Aissé, con mostrarlo menos, sentía iguales ímpetus, la misma curiosidad, y ponía en mí sus divinos ojos, y espiaba mis palabras, para coger al vuelo el nombre que yo me obstinaba en ocultar. Puse en esto la más refinada malicia, y los dejé así todo el día, como en el baile de máscaras.

Convidé á comer á Aydíe, que aceptó diligente. Ahora bien, los criados del joven, sabedores de que éste se hallaba en mi casa, le trajeron dos ó tres cartas, que él se las metió en el bolsillo sin leerlas. Solicitaban su presencia en dos ó tres sitios, pero Aydíe no se curaba de ello; no veía sino á Aissé, de la que ya estaba perdidamente enamorado, como había de estarlo toda su vida.

Por la tarde, un anciano mayordomo del señor de Feriol vino con su carroza á buscar á Aissé, y mi la-

cayo, al anunciarlo en alta voz, hizo latir simultáneamente dos corazones.

— Los criados del señor de Feriol esperan á la señorita Aissé — exclamó el lacayo.

— ¡Ah! ¡es la señorita Aissé, la hermosa griega! — dijo entre sí el mozo. — Ya no me admira.

— ¡Ay! ¿quién es ese garrido caballero? — dijo para sus adentros la doncella. — ¡Qué cruel es la señora del Deffand no comunicándomelo!

Yo me mantuve firme hasta el fin, hasta el último adiós, en que tuve un instante de debilidad.

— El caballero de Aydié — dije — dará á V. la mano hasta la carroza, reina mía, y luego volverá para cenar conmigo, que estoy sola. Espero que el señor de Aydié hará por mí este sacrificio, prescindiendo de sus muchos compromisos.

Aydié no habría faltado, porque ¿no le era indispensable hablar de Aissé, oír alabarla, conocer en sus más mínimos ápices la historia de la doncella? Y ¿no tenía que enterarse de las pretensiones y del modo de sentir de sus rivales Feriol, Argental y Pont-de-Veyle? El amor verdadero lo abarca todo de una sola mirada.

El mozo volvió á mi casa más ligero que un pájaro, me besó la mano y me colmó de caricias, como un chícuelo á su madre. Yo lo venía venir, y me sonreía y esperaba.

— ¡Ah! señora — me dijo por fin, — ¡qué hermosa y amable es la señorita Aissé! ¡Cuánto me gustaría volver á verla!

— ¿De veras? ¡Ya lo creo!

— ¿Conque aquella señorita es la Aissé de quien tanto se habla? ¿es la joven circasiana sacrificada á un amo viejo, galanteada por los hermanos Argental y Pont-de-Veyle?... ¡Válgame Dios! ¡qué desdichado soy!

— ¿Qué palabras son esas? — exclamé. — ¿Qué significan esas impertinencias? Sepa V. que aquí no hay amo ni hermanos; esas son patrañas á que no tendría que dar V. crédito ni por un segundo, ahora que V. la ha visto.

— Ya yo lo supuse, créalo V., señora, y no me atrevía á declararlo por temor á parecer ridículo; pero un rostro como aquel no puede ser engañoso.

— La pureza y la bondad de Aissé corre parejas con su hermosura; cuando V. la conozca mejor, dejará de dudar.

— ¡Ah! señora, ¿realmente la conoceré mejor?

— ¿Por qué no? La encontrará V. aquí y en casa de la señora de Parabere; podrá V. visitar á la señora de Feriol, y también á éste, pues á pesar de su dolencia, recibe á algunos amigos.

— Yo seré uno de ellos, y sin más tardar, desde mañana. ¿Quiere V. acompañarme á casa del señor de Feriol?

— ¡Qué prisa tiene V.! nunca lo he visto á usted tan apresurado. ¿Qué hará V., pues, de las demás?

— ¿De las demás?

— Dice V. esto como si yo no hubiese visto.

— Desde hoy todas las demás están muertas para mí.

— ¡Cómo! ¿una fidelidad absoluta antes de saber si lo querrán á V.?... ¡Es maravilloso! Eso no se ve en parte alguna; va V. á pasar por un Amadís.

— Pasaré por cuanto quieran, si V. se digna interesarse por mi suerte; donde no, renuncio á la vida. ¡Qué me importa lo que digan de mí!

Desde aquel día y como él había manifestado, el mozo únicamente vivió para la hermosa griega; rompió con todas las demás mujeres; descuidó la administración de su hacienda, y consagró toda su existencia á su nuevo ídolo.

Aissé, hasta entonces tan descontentadiza y tan cruel, y que se había dejado prender tan aprisa como ella prendiera al joven hidalgo, vino á verme al día siguiente, y repitió la escena de Aydíe, excepto que no me confesó nada y me dejó adivinarlo todo. A mí me parecían nacidos el uno para el otro, y ambos me inspiraban un interés indecible, tanto, que hubiera querido casarlos, cuanto más que no veía obstáculo, pues Aydíe no había profesado. Cierto es que Aissé no era de cuna ilustre y que su fortuna no pasaba de mediana; pero era tan cumplida, que esto tenía que compensarlo todo. La sociedad y los parientes no opinaban como yo.

Aydíe se introdujo doquiera podía ver á su amada; sólo pensaba en ella, y empezó en regla el sitio de su corazón. La digna doncella opuso resistencia al mozo y á sus propias inclinaciones; y es que se había jurado á sí misma ser cauta y no amar; sin embargo, amaba á pesar de ella, y, olvidado este juramento, el otro también tenía que serlo, y muy pronto.

Yo fui la causa inocente de tal caída, quiero decir que proporcioné involuntariamente al diablo la ocasión de triunfar; pero también la hubiera hallado sin mí.

Para disfrutar en ella algunos días de la primavera, alquilé una casita en Auteuil, en la cual pasaba á las veces tres ó cuatro días, y en ocasiones varias semanas, y luego regresaba á París. Aydíe y Aissé, que me visitaban con frecuencia en la casita, se encontraban en ella sin darse cita, como adivinándose mutuamente. Nunca he visto semejante.

Cierta mañana recibí una carta de mi marido, y me vi obligada á tomar la vuelta de París cuando menos lo esperaba, sin tener tiempo de advertir á nadie. El acaso dispuso que, justamente aquel día, se presentasen en mi casita de Auteuil los dos enamo-

rados, primeramente Aydíe, y después Aissé. Ahora bien, Aydíe, por no haberme encontrado, se bajó al parque, y mientras por él paseaba sus pensamientos y sus esperanzas, oyó la voz de su amada, que deploraba mi ausencia, y no sabía cómo volverse á su casa, pues había despedido su carroza. El mozo voló al encuentro de la doncella, la cual, al verlo, quedó tan turbada, que no supo qué contestar cuando aquél le ofreció acompañarla á casa del señor de Feriol.

Convengamos en que el corazón es torpe.

XXXVIII

¡Ay! los pobrecitos se encontraban por primera vez á solas, cara á cara, libres, en uno de esos esplendorosos días en que todo ama en la naturaleza. Era una prueba demasiado dura. Aissé resistía; hacía dos años que se negaba á conceder al hidalgo ni siquiera una declaración. ¿No era esto una virtud sin par en todos tiempos, é inverosímil bajo la regencia?

Aissé, sin carroza, y Aydíe esperando la suya, á la que había despedido por dos horas, viéronse obligados á permanecer juntos, á pasearse, á conversar y á mirarse. Aydíe no se abstenía de hacerlo ni de lamentarse; Aissé escuchaba sin responder, y es que el corazón le palpitaba con violencia excesiva, es que tenía demasiado miedo de sí misma, y se temía á sí más que á él, pues la felicidad le inundaba el alma, y aquella felicidad había de encontrarla débil y menos dispuesta á resistir á ella que al dolor.

Aydíe intentó hablar de aquel amor despreciado, de aquel amor que llenaba su existencia hasta el punto

de no dejar en ella sitio para otra cosa. Al principio, Aissé no se lo vedó, luego lo escuchó, después contestó, y declaró corresponder á aquel amor, y por último no tuvieron secretos el uno para el otro, y regresaron á París en la misma carroza y no se separaron hasta muy avanzada la noche.

La pobre Aissé dejó de ser dueña de su corazón.

En mi vida he visto una dicha y un amor como aquellos. Daba gusto contemplarlos. Aquellos dos seres se adoraban; Aissé sentía remordimientos de que no hacía partícipe á su amado, temerosa de afligirlo y de causarle no fuese sino una sombra de pesar; con todo eso, á ella la devoraban hasta el extremo de inspirar temores por su salud, pues le originaron una enfermedad de pecho que la menoscabó horrorosamente. Todos lo veíamos, y se lo decíamos una y otra vez, preguntándole si padecía, y por qué no se quejaba.

— Nada me duele, nada tengo, — replicaba la amable criatura. — ¿Tan desfigurada me encuentran ustedes? ¡Oh! no se lo digan Vds. á Aydíe, por favor, pues lo trastornaría inútilmente.

No había necesidad de que se lo dijese: él lo veía, y también se callaba para no impresionar á la enferma. Era aquel un pugilato de cariño, por demás singular y patético.

En esto, Aissé concibió, y la desventurada no osaba confesarlo á nadie, ni á mí, y se escondía sobre todo de la señora Feriol, que se habría mostrado implacable. Los amantes pasaron los primeros meses alternativamente regocijados y tristes, haciendo todo lo imaginable para ocultar su falta. La joven madre necesitaba un asilo y un apoyo, ¿y dónde hallarlos cuando uno está rodeado solamente de extraños?

Aissé quería confesárselo todo á Argental; pero Aydíe, movido de sus eternos celos, se opuso, é in-

sistió para que fuese yo, que, como amiga de ambos, seguramente les ayudaría. No se engañaba Aydíe.

En efecto; yo fui quien dió con la estratagema y quien les ayudó á ejecutarla.

Una noche, ya muy tarde, presentáronse los dos amantes en mi casa, consternados, taciturnos, como alentándose mutuamente; y no sabiendo qué pensar, les interrogué diciéndoles:

— Cenan Vds. conmigo, ¿no es verdad?

— No cenaremos.

— ¡Qué! ¿no cenar es una de las reglas de la futura casa de Vds.? Si es así, no entro yo al escote.

— Señora — profirió el mozo asiéndome la mano, — no se ría V., su risa me daña.

— ¿Así, pues, están Vds. tristes?

— Hasta la muerte.

— Pero ¿qué les pasa? Hablen Vds. Me tienen ustedes en ascuas.

— Escuche V. á la señorita Aissé, señora.

— ¡Oh! no — exclamó la joven tapándose la cara con las manos y llorando á lágrima viva, — escuche usted al caballero de Aydíe.

— Escucharé á los dos, con tal que hablen ustedes. ¿Qué ocurre?

— ¡Ah! señora, ¡si V. supiese cuán dichoso soy! — profirió el mozo.

— Nadie lo sospecharía — dije. — ¿Y V., reina mía?

— También soy dichosa; pero estoy desesperada.

— Difícil de arreglar es eso... Sin embargo... sí, adivino... ¡Ah! pobres hijos míos, esto es muy serio.

— ¡Estoy perdida! — profirió Aissé.

— ¡Perdida! — exclamó Aydíe. — Será V. mi esposa ante los hombres, como lo es ya ante Dios. Renueve á V. mi solemne juramento.

— Cállese V., cállese V., no pronuncie V. esa blasfemia. ¿Yo esposa de V.?

— A mí me parece eso lo más natural — dije; — es lo mejor que puede hacerse.

— Señora, no hable V. de eso — replicó con suma gravedad Aissé.

— Entonces, ¿qué va á ser de V.? Sobre todo de la señora Feriol, que sólo pide un pretexto, no puede usted esperar misericordia.

— Ya lo sabemos.

— ¿Y pues?

— Hemos venido para solicitar la ayuda y la protección de V., y para implorar su bondad y sus consejos.

— El caso es muy apurado — repuse; — pero si Aissé se traslada aquí, á mi casa, respondo de todo.

— Es imposible, señora; si me traslado aquí, me verán, me espían...

— Déjeme V. reflexionar... Habría que contar con una persona independiente, extraña, que pudiese conducir á V. bien lejos.

— ¿Lejos de él, señora? ¡Oh! no, y menos en este instante; suceda lo que quiera.

— Fingirán que se la llevan á V. fuera de París, y se esconderá V. ¡Cuántas han hecho lo mismo! Vámanos á ver... ¡Ah! tenemos lo que necesitamos: la marquesa de Villette...

— ¿Qué?

— Sale para Inglaterra. ¡Qué! ¿lo había V. olvidado?

— ¡Es verdad!

— Ella y lor Bolingbroke la quieren á V. con ternura; les hablaré. La gente creerá que la marquesa se la lleva á V. consigo, y se esconderá V. en un rincón de París, donde y con ayuda de la fiel Sofia, del amor del caballero y de mi cariñosa amistad, todo se arreglará lo mejor posible y sin que nadie se entere. Luego reaparecerá V., y asunto concluído.

— ¡Ah! es V. nuestro salvador, nuestro ángel tutelar — exclamó Aydié.

Aissé me abrazó estrecha y largamente, y confundió con las mías sus lágrimas, lágrimas suaves que nos aliviaron á entrambas.

Hasta media noche continuamos conversando y madurando nuestro plan, y, al despedirnos, los dos amantes estaban más sosegados.

Al otro día vi á lor Bolingbroke y á la marquesa, y al confiarles el secreto de nuestros amigos, les rogué que nos ayudasen y guardasen el secreto. Ambos me prometieron cuanto quise, y cumplieron fielmente su palabra.

La marquesa fué á casa de la señora de Feriol para pedirle personalmente que le consintiese llevarse á Aissé consigo á Inglaterra, y como la señora de Feriol no se tomaba cuidado alguno por la joven, consintió. No pasó lo mismo con Argental y Pont-de-Veyle, á quienes les apesadumbraba separarse de ella; pero no hubo más remedio.

Aissé partió aparentemente para Londres en la carroza de la marquesa, que dió la vuelta á París, y regresó por la noche, dejando á la joven en una casita solitaria, contigua á las murallas. ¿Quién había de sospechar que estaba allí la hermosa griega?

Seis meses pasó Aissé escondida en aquella casa, sin que ni una vez saliera de su jardín, pero escribiéndonos á todos cartas que la marquesa expedía desde Londres, lo que habría desvanecido todas las sospechas, de haberse levantado, lo cual no aconteció.

Todas las semanas y en un coche de alquiler al que me subía, muy lejos de mi casa y completamente disfrazada, visitaba yo dos ó tres veces á la griega, la cual echó al mundo una niña á quien llamaron Cesarina Leblond, y declarada así en los registros de la parroquia.

Ladi Bolingbroke, que se volvió á Inglaterra, se llevó consigo á la niña bajo el nombre de mis Black, y la conservó á su lado hasta la edad de seis años. Cesarina, ó mis Black, pasaba por sobrina de lor Bolingbroke, y más adelante la pusieron en el convento de Nuestra Señora de Sens, del que era abadesa la señora de Villette, hija del primer matrimonio de la marquesa. Todo, pues, salió á pedir de boca. La novela parecía haber concluído; pero no era así, muy al contrario, y á mí me estaba reservado ver en casa de aquellos dos seres, prodigios de afecto de que únicamente ellos eran capaces, y de que sólo ellos han dado ejemplo en el universo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

F
S
V